

SOROKIN ANTE LAS ACTUALES ESTRUCTURAS SOVIETICAS

Interesa introducirse al estudio de todo sistema de vida. En la raza humana ha alentado, a lo largo de cientos de generaciones, el sentimiento de sociabilidad, la esperanza constante en una coexistencia mejor. Cada individuo, cada época, cada civilización han tendido y tienden por diversos medios a lo que, en frase de Dostoievski, podemos llamar «el imperio universal», en la acepción más transcendental del epíteto.

Quizá nuestros días hayan dado a luz el momento oportuno ; quizá el hombre tenga en ese ideal un horizonte perpetuamente renovado a cada paso y perpetuamente intangible. Desde el antiquísimo rey Sarganisar hasta la Tercera Internacional, pasando por los intentos de Napoleón, César, Hitler o Alejandro, la humanidad se ha debatido —«como una serpiente descuartizada», dice D. Merejovski—en trozos que se mueven separadamente, como si tuvieran vida propia cuando, en realidad, no hacen sino exhalar las últimas fuerzas de un *todo* en el que, a pesar de serles primitivo, no pueden volverse a integrar.

La unión universal, el «imperio universal», no ha sido logrado hasta hoy por la fuerza de las armas ni por la evangelización pacífica. Quizá el primer paso idóneo para su problemática consecución sea, por una parte, una especie de condescendiente postura de cada grupo humano hacia todos los demás y, por otra, el estudio más exhaustivo e imparcial de los fenómenos sociales, de sus efectos y sus causas.

Del segundo supuesto hemos de tratar, como de un aspecto sociológicamente más indeclinable y de cuya responsabilidad no puede eximirse hombre alguno, sean cualesquiera la raza, el gobierno, la religión o el estrato social a que pertenezca.

No es probable que la introducción a un estudio de esta índole y transcendencia tenga base ecuaníme y sólida en un criterio unilateral o en una opinión aislada. Nadie debe atreverse a emitir juicio alguno sobre determinada cuestión sin una serie previa de conocimientos éticos, sin haber sopesado los hechos y haber requerido el apoyo y consejo de quienes puedan hacer concurrir las imprescindibles calidades de experiencia, sabiduría, sensatez e imparcialidad. Si de alguien se sabe, cuya fama de erudición, profundidad de pensamiento y capacidad para opinar sean acreditadas, nadie dejará de aplaudir que se hagan convergir todas estas garantías en el intento.

1.—LA PERSONA Y LA OBRA DE SOROKIN.

Tales son nuestra situación y nuestro propósito. Y, a la hora de escoger entre los nombres más adecuados, había de surgir el de Sorokin.

Pitirim Alexandrovich Sorokin nació el año 1889 en la aldea rusa de Touria. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de Kostroma, de 1903 a 1906. En seguida, siguió los cursos nocturnos en San Petersburgo, de 1907 a 1909 y después asistió a los cursos del Instituto Psico-neurológico en la misma ciudad (1909-1910) y de la Universidad de San Petersburgo (1910-1914). En 1915 obtuvo su licencia de Criminología y ejerció en calidad de privado en el Instituto Psico-Neurológico (1914-1916) y en la Universidad donde había estudiado (1916-1917). Fué profesor de Sociología de 1919 a 1922, tiempo durante el que enseñó en la Academia de Agronomía. En 1922 fue nombrado doctor en Sociología. En 1914 había publicado su primer libro «*Crimen y Castigo*», seguido por «*Leon Tolstoy, como filósofo*» (1915), «*Elementos de Sociología*» (1919), «*Sistema de Sociología*» (2 vols., 1920-21) y «*Teoría General del Derecho*» (1920).

Simultáneamente al profesorado y al trabajo de escritor, Sorokin tomó parte en la vida política. En 1917 fue nombrado secretario de Kerensky, por entonces jefe del gobierno provisional ruso y, a la caída de éste, combatió denodadamente contra el comunismo. Fué apresado, juzgado y condenado a muerte. Y, habiendo Stalin conmutado este veredicto por el de destierro, Sorokin emigró a Alemania; después fue invitado por el Presidente y sociólogo Masaryk, a Checoslovaquia; permaneció allí nueve meses, antes de su partida en 1923 a los Estados Unidos, país del que vendría a ser ciudadano en 1930.

Desde su llegada a EE. UU. Sorokin ha publicado tantas y tan excelentes obras que sería prolijo detallar aquí los títulos, el tema, la particularidad y la transcendencia de cada una de ellas. El número rebasa ya la treintena; la calidad de cada una de ellas y de su conjunto alcanza un índice elevado cuya respetabilidad es reconocida por sociólogos y científicos en general, en todo el orbe.

De la experiencia y realismo de las opiniones de Sorokin nos da él mismo con el gráfico de su vida social. Según su propia expresión, *«la variación ha sido probablemente la característica dominante de la aventura de su vida... A lo largo de setenta años ha pasado por diversas atmósferas culturales... Nacido en el seno de una familia modesta, vino a ser labrador, director de un coro ambulante, revolucionario, preso político, periodista, estudiante, editor de un diario, miembro del Gabinete de Kerensky, exilado, profesor en las Universidades de Rusia, de Checoslovaquia y de los Estados Unidos y erudito de reputación mundial... Sobre las felicidades y desastres de una vida normal, ha conocido el placer particular de nada menos que seis encarcelamientos..., ha experimentado las inolvidables sensaciones del hombre que, condenado a muerte, espera día tras día, durante seis semanas, su ejecución por un pelotón comunista... Semejantes experiencias le han aprovechado mucho más que los innumerables libros leídos y las conferencias a las que asistió».*

En la obra *«Sociedad, cultura y personalidad»*, se da la expresión más definida y depurada de lo esencial del pensamiento de Sorokin. A su modo de ver, el hecho social, el fenómeno cultural y la conformación psíquica del individuo en sociedad, son tres manifestaciones, inseparables e interdependientes, del hecho general de la vida en común. El concepto de Sociología es para Sorokin un concepto antropocéntrico.

Concepto fundamental—y acaso uno de los más interesantes de toda la obra—del pensamiento sociológico de Sorokin es que todos los fenómenos socioculturales pertenecen a una de las dos categorías siguientes: «aglomeraciones» y «sistemas».

En un laborioso y sutil estudio ha hallado Sorokin bases para exponer últimamente una teoría sociológica que él llama teoría «integral» de la realidad socio-cultural; debe esta teoría examinar no sólo los aspectos sensoriales (empíricos), sino, además, los aspectos racionales y superracionales del hombre, de su cultura y de la sociedad.

Existe asimismo un aspecto del pensamiento de Sorokin que él ha desarrollado en su libro *«Teorías sociológicas contemporáneas»*, y

posteriormente, en *«Achaques y mantas de la Sociología moderna y de las ciencias afines»*: es éste el aspecto crítico. En este terreno, descubre y ataca Sorokin, con sutil ironía y certera técnica, errores y defectos de las disciplinas sociales y psicológicas, dentro de las que *«la complejidad de los fenómenos mentales y sociales permite que numerosos embaucamientos sean considerados como la última palabra de la ciencia operativamente considerada, empíricamente ensayada y exactamente mensurada»*, según su propio satírico verbo.

La glosa que precede, comprimida al máximo, no pretende sino refrescar la memoria de quienes, conociendo ya al ilustre sociólogo, habrán de hallar sensato nuestro propósito de buscar la opinión de éste, como de una eximia inteligencia cuyos criterios merecen ser preeminentemente constatados en un asunto que requiere el mayor cuidado y que suscita el más encendido interés.

Dijimos al principio que importa introducirse al estudio de todo sistema de vida, por cuanto tiene el conocimiento de primer paso para el buen entendimiento. En pro de la armonía universal, parece urgir más estudiar el sistema de vida que nos es más antagónico.

Las disenciones, los pactos quebrantados, la fricción peligrosa y constante y la ascendente tensión nerviosa entre Oriente y Occidente, señalan bien de antemano que el objetivo de estudio debe ser el mundo soviético. Para el conocimiento de la estructuración social comunista, una de las conferencias de P. A. Sorokin en el XIX Congreso del Instituto Internacional de Sociología nos ofrece puntos de vista sobre las perspectivas de interés más inmediato. La transcripción de los párrafos esenciales de esa conferencia, oportunamente seleccionados y comentados cuando fuere oportuno, ha de constituir un modo y un medio útiles de hacer luz sobre no pocos aspectos que generalmente sólo son conocidos como entre penumbras.

Proyectó Sorokin su atención en el citado Congreso sobre la hipótesis de una *«mutua convergencia de Estados Unidos de América y la U. R. S. S. hacia un tipo sociocultural intermedio»*. Expuso someramente los hechos sociales que caracterizan la decadencia del verdadero capitalismo, enunciando cómo en las últimas décadas *«especialmente a partir de 1914, al lado del sistema capitalista por excelencia, basado en la genuina propiedad privada, han ido surgiendo y creciendo la «economía corporativa» y la «economía estatalmente dirigida», ambas esencialmente diferentes del sistema capitalista»*.

Pasó en seguida a presentar el plano opuesto del tema que había promovido: la exposición de las fluctuaciones sociales en el mundo

soviético ocupó mayoritariamente su tiempo, proporcionando a lo largo de la conferencia diversas fuentes de noticias profundas, que indudablemente constituyen materia de meditación o, cuando menos, de ineludible y universal interés.

2.—CIENCIAS NATURALES Y TECNOLOGÍA.

Sería obvio extenderse demasiado en decir cómo y con cuánto empeño pretendió el Gobierno Soviético, al principio de la Revolución Comunista, crear específicamente unas Matemáticas, una Física, una Química, una Tecnología y una Biología «proletarias», diferentes de sus respectivas ciencias «burguesas». Y sería reiterativamente innecesario decir cómo fue abandonada aquella pretensión. A partir de estos conocimientos previos, evidencia Sorokin hasta qué punto el progreso científico y tecnológico de Rusia ha sido importante y rápido, de tal modo que, en general *«están tan avanzados como cualquier país incluyendo los Estados Unidos. Y la ciencia y la tecnología rusas, en sus principios, proposiciones, teorías y métodos, son las mismas que las del resto del mundo»*.

Conviene hacer resaltar, en este punto, la observación que hace Sorokin respecto a que los científicos de ambos países desempeñan con progresivo éxito su labor en pro del avance científico y tecnológico, *«especialmente—dice él—si no se ven obstaculizados por la interferencia de sus propios gobiernos en tan importante labor»*. Es esta una apostilla sobre la que haremos recaer nuestra atención más adelante.

3.—CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES.

Guiándonos por el orden de la sistemática información de Sorokin, podemos, en principio, recordar que solo las interpretaciones de Marx-Engels-Lenin de los fenómenos sociales eran permitidas en los comienzos de la Revolución Rusa. Toda teoría que contradijese esta línea o se desviase de ella estaba prohibida, perseguidos sus autores, impublicables sus obras, y destruidos muchos libros «contrarrevolucionarios» que se habían publicado *anteriormente*. El panorama actual en el terreno de las ciencias psico-sociales es muy diferente del de aquellos años del Régimen Comunista. Según palabras de Sorokin, *«aun cuando la teoría del materialismo dialéctico es la doctrina oficial del Gobierno Soviético, éste ha publicado millones de ejemplares de*

las obras clásicas pre-revolucionarias e incluso de declarados contrarios al Gobierno», como son las del historiador ruso V. Kluchevsky y las de G. Plechanov.

«Las teorías—dice Sorokin—del más conocido contrario del Régimen Comunista, Ivan Pavlov, son ahora la base de muchas teorías y prácticas biológicas y psicológicas, así como de prácticas educacionales y terapéuticas de los soviéticos».

Hemos de notar, sobre todo lo anterior, que las disciplinas sociales psicológicas y humanistas del Soviet actual desechan radicalmente algunas teorías materialistas, como las pan-sexualistas freudianas, y que se han publicado últimamente en Rusia gran número de obras de Psicología, Ética y otras ciencias afines, cuyo contenido nada tiene que ver con el materialismo. A ello hay que añadir el hecho de que, durante las últimas tres décadas, han sido traducidas y publicadas en Rusia muchas obras de eruditos extranjeros, en materias de Historia, Economía, Psicobiología, Política, Ética, etc., que no siguen la línea oficial del marxismo ni del materialismo.

Esta evolución llega a puntos más sutilmente interesantes, si atendemos al campo de la Sociología. Bajo el nombre de materialismo dialéctico, los sociólogos soviéticos han estado desarrollando un aspecto sociológico en algunas de cuyas facetas resultan ser más idealistas que muchos teorizadores de Occidente. He aquí las palabras textuales de Sorokin al respecto: *«Leyendo cuidadosamente muchas publicaciones de los sociólogos soviéticos me hallo, en lo personal, de perfecto acuerdo con alguna de sus teorías, principios, métodos y evaluaciones. Habiendo sido siempre altamente crítico por lo que hace a los principios básicos de toda suerte de Filosofía y Sociología materialistas, en la Sociología soviética de hoy encuentro, bajo la cubierta de la Sociología oficial del materialismo dialéctico, muchas corrientes del pensamiento sociológico 'integral' o 'idealista'».*

Aduce Sorokin, en apoyo de esta opinión, la concurrencia de hechos que son ya de todos conocidos. Síntomas del discutido cambio sustancial de las ciencias psico-sociales soviéticas es que *«hasta los caudillos comunistas como N. S. Kruschev y otros han expresado públicamente su desacuerdo con los principios de Marx-Lenin-Engels en muchos puntos de importancia, como la inminencia del conflicto armado entre Oriente y Occidente, y sobre otros problemas teóricos y prácticos».*

Los humanistas rusos han atacado abiertamente la excesiva relativización de todos los valores en las ciencias sociales y psicológicas

«burguesas», y criticado su nihilismo moral y su propensión a perseguir fines generalmente materialistas y utilitaristas.

Si advertimos que la nueva ética comunista ha sido definida como «la ética de la solidaridad, de la ayuda desinteresada y del apoyo en la lucha por la liberación humana del peso de la explotación y de la opresión», hallaremos que los especialistas rusos tienen un fundamento firme para condenar la ética «burguesa», cuando alguno de los sociólogos occidentales rehuye intencionadamente dar unas evaluaciones morales, por lo que toca, por ejemplo, a las formas de la familia y del matrimonio.

«Actualmente, el materialismo marxista, a diferencia del materialismo vulgar, no niega en lo más mínimo—dice Sorokin—la importancia y significación de los motivos morales en la conducta personal. Los sociólogos rusos, rumanos y polacos profesan la «concepción marxista leninista de la familia, inseparable de los principios básicos de la ética comunista».

Conviene, en este punto, hacer presente una salvedad que Sorokin no ofreció junto con la escueta exposición de los hechos. La particular circunstancia de que «en nuestros días la Rusia Soviética tenga una familia y un matrimonio más estables, más monogámicos y más victorinos prácticamente que los de cualquier país occidental», según expresión del mismo Sorokin, así como el que las desastrosas consecuencias de la primitiva política soviética al respecto obligaron al Gobierno, ya al final de la tercera década del régimen, a cambiar radicalmente tal política, no implican necesariamente una ideología más elevada como móvil de esta desviación de la posición original del materialismo dialéctico. Tanto como es conocida esa desviación o emancipación de la postura primitiva, conocemos de igual modo que ella no se ha debido, en principio, sino a un impulso natural, un como acto reflejo por el que se huía de males inminentes o ya virulentos, en menoscabo del rendimiento económico... La fraseología de Sorokin al respecto, cuando dice que «se comenzó a glorificar la virginidad, la castidad y la fidelidad matrimonial» nos parece en esta ocasión desproporcionada en relación con la realidad material de un hecho cuyo primer móvil no tendía a conseguir un bien, sino a evitar un mal, aún cuando sea sutil la distinción entre una y otra, y aún cuando no sea posible la simultaneidad de ambas por ser polos opuestos en el campo de la moral.

Si las palabras mismas de Sorokin, cuando sigue diciendo que se expidió «una serie de decretos en los que legalmente se aprobaban,

sancionaban y requerían estas virtudes», no tienen suficiencia para hacer resaltar la diferencia de principios de que hablamos: existe aún la prueba tangible de tal diferencia. El hecho de que, después de una proclamación legal y de hecho de la completa libertad sexual, en sus formas prematrimonial y extramatrimonial, así como la libertad completa del matrimonio, del aborto y demás aberraciones en el mismo terreno, se haya de revocar una ley y promulgar otra inmediatamente opuesta, habla bien claro de una caótica ideología moral.

Pero aun hoy, rectificado ya el rumbo anterior, subsiste la práctica del divorcio. Y lo elocuentemente trascendental de su subsistencia es que su proliferación o su limitación depende directamente del factor económico, de tal modo que está a merced del poder adquisitivo del demandante. No se restringe por principios morales.

Todo ello nos permite pensar que el avance sociológico soviético, la reversión de las teorías psicológicas, la evolución de las Ciencias Sociales y Humanidades, está regido por los acontecimientos y se acoplan a ellos «a posteriori», de parecida manera a como el gato huye del vaso después de haberse escaldado en el caldero. No resulta fácil al uso soviético desprenderse de su materialismo económico.

Acaso el inciso precedente, aplicado a la afirmación de Sorokin cuando juzga que, en varios aspectos, las disciplinas psicosociales del Soviet «son más integrales o idealistas que muchas corrientes de las ciencias psico-sociales de Occidente», pueda situarnos ante un significado más exacto y un valor más real de esas «*supervalías*» o «*adelantamiento*». Si el orden social soviético presenta en la actualidad un determinado aspecto ético, adecuadamente podríamos aplicarle la palabra del charlista, quien dijo del cangrejo «que es crustáceo, pero él no lo sabe».

4.—FILOSOFIA.

La evolución soviética en el campo de la Filosofía presenta un panorama que requiere mayor sutileza en el examen. Para su mejor estudio serían precisos mayor terreno y más particularizada vivisección que las ajustadas a un sondeo sobre el tema.

Con todo, hallamos en boca de Sorokin observaciones de candente interés. Advierte el sociólogo cómo, dentro aun del materialismo dialéctico marxista-leninista, los actuales expositores acosejan continuamente «no mezclar éste con cualquier clase de vulgar materialis-

mo». E insiste, acto seguido, en que no debemos sorprendernos, no nos parecerá el materialismo dialéctico tan terrible, tan contrastante con el idealismo objetivo, por ejemplo, o con otras variantes de la filosofía occidental, si advertimos que *«Marx y Lenin adoptaron y aceptaron prácticamente la estructura total de la Filosofía de Hegel, y que entre la filosofía hegeliana del idealismo objetivo y la filosofía marxista-leninista del materialismo dialéctico, la diferencia principal que existe es terminológica»* y no substancial.

El hecho de que, aun dentro de la lógica dialéctica, algunos de los materialistas dialécticos del Soviet hayan venido desarrollando en ocasiones teorías de verdadero misticismo, que representan esporádicas analogías con las obras de Santo Tomás de Aquino, Eriúgena o Nicolás de Cusa, es un exponente que supera la anterior observación de Sorokin.

Pero él recoge más adelante no pocos datos en este terreno, y sintetiza sus estudios sobre la materia en párrafos bien expresivos.

Conociendo que el materialismo dialéctico de hoy admite abiertamente la categoría de lo *«absoluto»* al lado de la categoría de lo *«relativo»*, intuiremos los principios hegelianos de la *«identidad de los opuestos»*, de que *«la negación es afirmación»* y otras características del idealismo objetivo de Hegel en la explicación dialéctica de aquellos dos conceptos: *«la categoría de los relativos contiene en sí misma, potencialmente, la categoría de lo absoluto. Siendo opuestas una a la otra, al mismo tiempo estas categorías se interfieren mutuamente»*.

Sabiendo cuánta importancia y atención se concede en las obras de filosofía soviéticas a los intrincados problemas hegelianos o a los de algunos neotomistas contemporáneos, hallaremos el motivo del ahínco con que los expositores del materialismo dialéctico se manifiestan negativamente ante las filosofías agnóstica, ficcionista, escéptica, *«excesivamente empírica»* o *«vulgarmente materialista»* de muchos filósofos de Occidente.

Sorokin ha verificado el movimiento filosófico y la postura de los pensadores soviéticos de hoy. Su juicio se condensa en la expresión reiterada de que *«en muchos aspectos, la Filosofía soviética es menos materialista o más idealista que muchas filosofías occidentales contemporáneas»*.

Mas, a este resumido juicio que puede parecer desalentador, Sorokin añade una peregrina esperanza. *«Las tendencias idealistas—díceshan ido penetrando más y más en la Filosofía soviética del materialismo dialéctico. Por eso, no hay que temer la desaparición de la Filoso-*

fia idealista bajo el impacto del materialismo dialéctico: es éste, en su forma actual, más idealista ya que muchas ideologías de los mismos «cruzados». El pensamiento filosófico de Rusia continuará seguramente inclinándose en el futuro hacia diversas formas de Filosofía idealista, «integral» y demás».

La esperanza del eminente sociólogo apunta, por una parte, a la utopía y, por otra al error. Nace este último, probablemente, de un ineludible estrato afectivo que ha de pesar algo en el ánimo de Sorokin. La opinión de que el materialismo dialéctico derivará cada vez más hacia el idealismo, está evidentemente inspirada por un subconsciente nostálgico, antes que por una observación objetiva. El científico no puede emanciparse del hombre. Se trata de una tendencia que Sorokin pone de manifiesto con insistencia. En su exposición, las alusiones a un futuro en el que Oriente y Occidente convergirán en una postura aproximadamente igualitaria deja intuir, pese a que la hipótesis abunde en probabilidades, una predisposición de Sorokin a *ver realmente* lo que no ha pasado de ser una hipótesis sociológica.

La proximidad ideológica de Oriente y Occidente difiere, por el contrario, de la de dos trayectorias que convergen. Si nos permite el símil, diremos brevemente que esta aproximación se asemejará mejor a la de dos péndulos que oscilan en planos perpendiculares: que se acerquen o se alejen no implica una convergencia indefinida. Su proximidad será, en cualquier momento, una circunstancia dependiente de las leyes que rigen cada uno de los vaivenes.

La hipótesis que esbozó Sorokin en torno al tema deja mucho que desear si buscamos en ella evaluaciones imparciales. La encontraremos —paradójicamente, viniendo de un duro crítico del empirismo exagerado—exacerbada y descaradamente empírica. En este sentido, ha de parecernos más bien una especulación sobre hechos de los que, premeditada o inadvertidamente, se ha ignorado el significado.

5.—ÉTICA Y DERECHO PENAL.

La disimilitud ideológica destaca, por sí sola, en la enunciación de los principios básicos de Ética. «*El sistema ético del Soviet—dice Sorokin—considera los preceptos básicos como coercitivos y obligatorios (como «imperativos categóricos») por sí mismos y por ser necesarios para el bienestar de los individuos, y no por ser mandamiento de Dios o de autoridades sobrenaturales. La ética soviética enfatiza el carácter*

absoluto, universal y perenne de esos conceptos, especialmente en sus aspectos utilitarista y hedonista, ya que en estas ramas de la Etica los preceptos son vistos como meras convenciones humanas de utilidad, relativas y cambiantes de acuerdo con las circunstancias».

El hecho de que las legislaciones penales no difieran considerablemente de las de Occidente no autoriza a suponer que sus valores sean idénticos. Prohibir y castigar el delito contra la persona, el Estado, la propiedad pública, no es, en absoluto, un aspecto encomiable o reprochable en materia penal, sino en cuanto se ajuste a los principios del derecho natural.

Sorokin afirma, ateniéndose a las estadísticas oficiales, que la incidencia de crímenes es menor en Rusia que en Estados Unidos de América, y que el grado de criminalidad en la mayoría de los delitos es más bajo en el Soviet que en la otra nación, excepción hecha del crimen político.

La afirmación no puede dejar de parecer un tanto arbitraria. Desde cualquier ángulo que la consideremos, encontramos en ella flancos débiles. Atenerse a las estadísticas oficiales soviéticas, en primer lugar, es tanto como confesar que se va a hacer pie en unos datos aceptados al albur. Existe la repetida evidencia de un carácter publicitario en los informes soviéticos oficiales que llegan al dominio público en Occidente. El anacronismo es normalmente un factor que obliga a un perpetuo reajuste de las estadísticas basadas en semejantes datos. De las cifras oficiales que un día salen a la luz no se puede, en el caso particular del Soviet, hacer estadística definitiva. Los hechos concurren a mostrárnoslo así. Esporádicamente, y a pesar del sigilo y prohibición gubernamentales, nos llegan noticias de crímenes y monstruosidades cuya importancia cuantitativa no fue incluida en precedentes «informes oficiales».

Por otra parte, hacer excepción del crimen político, puede llevarnos, como parece que ha llevado a Sorokin, a desvirtuar el estudio ético y penal del Soviet. Es difícil estimar hasta qué punto un delito no puede revestir carácter político en la U. R. S. S.

Si se nos dice que un régimen totalitario hace obligatorios unos preceptos éticos, escueta y precisamente «*por ser necesario para el bienestar del individuo*» y respondiendo a una ideología «*utilitarista y hedonista*», mantenida por un Gobierno cuya fuerza es el terror, extraeremos una consecuencia inmediata. Los crímenes contra la persona, la propiedad, las buenas costumbres, etc., no serán, a la larga,

más que subdivisiones dentro de un orden general de delitos políticos, puesto que cada uno de ellos ataca y vulnera directamente la línea del pensamiento del Gobierno.

Así, interesa hacerse cargo de cuáles son los delitos políticos y, sobre todo, de cuáles y cuántos sean tales delitos en la U. R. S. S.

Por las dos principales razones esbozadas, la aseveración de Sorokin nos confirma en anteriores observaciones. Una, respecto a que, de la exposición de los hechos, si se los despoja de su valor social y de su significado moral, no debemos llegar a una conclusión válida, moral ni sociológicamente hablando. La otra, que si en el ánimo de Sorokin prevalece una inclinación a dar una versión científica de la panorámica estructural soviética no tan imparcial y profundamente como el asunto requiere.

6.—INSTRUCCION.

En el año 1928, sólo 6.000 miembros del Partido Comunista habían recibido educación universitaria o culminado el bachillerato. Actualmente hay unos 2.000.000 de miembros con tal instrucción.

Hoy día, el 100% de la población rusa sabe leer. En 1928, Rusia tenía sólo 521.000 técnicos y expertos. Ahora cuenta con cerca de 6.400.000 expertos técnicos. Unos 30.000.000 de rusos cursan estudios en escuelas elementales y secundarias, cerca de 2.000.000 en Escuelas Técnicas y casi 2.200.000 en Universidades e Institutos. Un aproximado 25% de la población tiene, pues, educación secundaria completa o incompleta.

Hasta aquí, los datos resumidos por Sorokin. A la vista de ellos, es fácil hacerse cargo de la evolución educacional en la U. R. S. S. La formación de la población fue acometida en gran escala, logrando solucionar el elevado índice de analfabetismo de la segunda década de este siglo.

En opinión de Sorokin, *«la selección y promoción de alumnos a la condición de estudiantes universitarios en Rusia tiende severamente a basarse en la capacidad personal. Ello significa estipendios y otorgación de becas por parte del Estado a todos los estudiantes idóneos»*. Y opina del sistema educativo ruso que *«cultiva más el espíritu y actitudes «colectivas o familistas», sin suprimir demasiado la individualidad de los alumnos»*.

7.—DEPORTES, DIVERSIONES Y BELLAS ARTES.

La aparición y relevancia de Rusia en la escena del deporte internacional, particularmente en los juegos olímpicos, es claro exponente del auge de la cultura física entre los rusos. Desde la Revolución hasta nuestros días, todas las variedades del deporte occidental han sido ampliamente fomentadas en Rusia. El deporte ha adquirido ahora un carácter profesional y competitivo, mientras que antes de la Revolución era práctica impopular en Rusia en muchas de sus modalidades.

Sorokin concluye de ello que el progreso del deporte ruso es una evidencia más de cómo las estructuras sociales soviéticas tienden a semejarse a las de Occidente.

Hemos hecho observar anteriormente cómo la evolución del sistema soviético en las últimas décadas llevó a la reposición de obras, autores y técnicas de científicos y filósofos desechados en principio. El campo de las bellas artes se presta a idéntica observación. Sintetizando, diremos que hoy día ha sido revalorizada la posición social del artista. *«Los escritores, compositores, pintores y escultores ocupan, al igual que los científicos y profesionales—dice Sorokin—, un lugar en la nueva aristocracia soviética, tanto desde el punto de vista del prestigio social como desde el del medio económico de vida».*

Los datos a que ha atendido Sorokin dan una suma de 1.107.000 ejemplares de 50.000 títulos de libros publicados en el año 1956 en la Rusia Soviética, sin incluir revistas y periódicos. Esta suma da un promedio de cinco libros por persona. *«Cifra—añade él mismo—cuantitativamente mayor que la de cualquier otro país».* Tan desproporcionadamente mayor que nos ha de hacer dudar no de la aseveración de Sorokin, sino, antes bien, de la fuente de información, «informe oficial» soviético, que no pondera la dispersión del promedio, y demás rémoras sobre las que hicimos una llamada líneas atrás.

Insiste Sorokin afirmando que, entre los libros editados, *«el primer lugar lo ocuparon obras de los antiguos clásicos rusos; el segundo, las de clásicos extranjeros y de autores eminentes. Los trabajos de los escritores soviéticos contemporáneos ocuparon el último lugar».* Prestemos atención al informe. Se nos hace observar por una parte, la aventajada evolución de pensamiento y cultura en Rusia, haciendo hincapié en que los progresos son paulatinamente mayores. Por otro lado, se nos asegura la mayor libertad y más elevada cultura de la población, para poder y saber escoger, respectivamente. Por último, se nos dice que, entre los libros editados, las obras de escritores rusos

contemporáneos lo fueron en menor número. Es obvio que alguna interrelación es falsa en la concordancia de unos hechos con otros. Particularmente, o esa población «*hoy mas culla*» no lo es tanto como nos afirman, cuando no se inclina hacia la mejor calidad; o los «*avanzados*» autores rusos de hoy no lo son tanto y con mérito tan grande, pues el apto juicio popular los posterga, estimándolos menos que a los clásicos tanto rusos como extranjeros.

Mas esto no intenta siquiera paliar los hechos. Ciertamente es que el incremento, reposición y neoestimación de las bellas artes es un hecho en Rusia. Pero conviene tener presente, a su vez, que la exposición de Sorokin persiste con denuedo en una postura que no parece del todo «*científica*». Obras de Dostoievsky, Tolstoy y otros escritores rusos, de Chaikovsky, Rimsky-Korsakov, Glinka y otros músicos, antes prohibidas por el Soviet, son hoy glorificadas públicamente. Edgarr A. Poe, Mark Twain, J. London y otros escritores de Norteamérica, por ejemplo, son hoy tan conocidos y populares en Rusia como en su propio país. El resto de las bellas artes, como la arquitectura, e incluso el arte cinematográfico y la televisión, han sido últimamente objeto de alta estimación en Rusia.

Todo ello es cierto y constituye una expresión elocuente de la reconocida evolución social en el seno de la U. R. S. S. Mas no conviene que este reconocimiento pase a ser una apasionada loa en la que se ignoren motivos más substanciales. La opinión de Sorokin parece versar mayoritariamente sobre lo que en la Unión Soviética tiene carácter de escaparate. Su exposición es erudita, amplia y valiosa. No es posible añadir que sea rigurosamente exacta, imparcial y profunda. Parece acogerse reiteradamente a manifestaciones sociales que enjuicia desde un ángulo netamente positivista—porque son fácilmente enjuiciables y manejables desde ese ángulo—mientras soslaya, a lo largo de su inspección, entrar en materia sobre puntos esenciales, como lo serían las causas que han provocado y mantienen la evolución, así como los fines a que tienden, muestras de los cuales parecen ser acontecimientos nada «*idealistas*» de público conocimiento en la actualidad.

Si nos adhiriésemos incondicionalmente a la opinión de Sorokin, correríamos el peligro primero de pecar de incautos. Pese a sus enconadas aseveraciones respecto a la «*convergencia*» de Oriente y Occidente, subsisten controversias irreconciliables de raíces más hondas e importantes. Uno es el aspecto de la cuestión que se nos muestra, su rostro. Otro es el insondable rescaldo que aflora en esporádicas tormentas, manifestamente opuestas a toda la arquitectura de sonrisas

que nos brinda Sorokin. Aún cuando la postura oficial de Occidente sea la de un idealismo «oficial», según la planificación y los parangones de que Sorokin arranca en la conferencia de que hablamos, del idealismo al agnosticismo quedan distancias que es innecesario señalar. Posiblemente Occidente nunca sea por completo «la ciudad alegre y confiada»; pero es preciso no abandonarse a optimistas corrientes de opinión, como parece ser la de Sorokin en este caso, para no llegar a esa ignorante confianza. Pese a parecerlo, no es exactamente ésta la postura de Sorokin. Su confianza, su esperanza, el embrión de su hipótesis, queremos pensar que ha nacido mejor de un lazo indisoluble de afecto, más perdurable y menos científico que las rupturas ideológicas y políticas.

8.—RELIGION.

La situación general de las religiones en Rusia es notablemente distinta hoy de la que prevalecía a principios del Régimen Comunista. Prácticamente—dicen—la persecución religiosa ha terminado. Pero oigamos la recopilación de datos y la opinión de Sorokin en este punto.

«En la Rusia Soviética, la Constitución proclama la libertad religiosa como un derecho inalienable de cada persona. La autonomía de la Iglesia Ortodoxa Rusa, del protestantismo, del catolicismo, del islamismo, del judaísmo y de otras denominaciones en materia religiosa está legal y prácticamente establecida. El Estado Soviet subsidia gran parte de los gastos de administración de la Iglesia Ortodoxa, de la factura de objetos del culto religioso, de la formación de sacerdotes, de la impresión de libros y otras publicaciones religiosas. El Estado subviene también financieramente a las necesidades materiales de la clerecía, etc. En la actualidad, existen por lo menos diez escuelas teológicas de la Iglesia Ortodoxa Rusa, con 1.600 estudiantes de sacerdocio de esta Iglesia; cerca de 20.000 parroquias con 35.000 ministros en ejercicio y unos 650 monasterios, con 50.000 monjes y monjas. La Iglesia Ortodoxa Rusa tiene ahora cerca de 50.000.000 de fieles, que suponen más del 20% de la población rusa. Las denominaciones protestantes tienen unos 5.000.000 de miembros. Hay más de 1.000 mezquitas y 1.240 iglesias católicas».

Es de notar, efectivamente, el incremento de la actividad y libertad religiosas en las dos últimas décadas en la Rusia Soviética. Dentro de las denominaciones protestantes, es clara muestra de tales progresos la proliferación por ejemplo, de los bautistas, que cuentan en la actua-

lidad con 5.400 casas de culto y con un número aproximado de 600.000 prosélitos. La feligresía católica viene siendo, desde los tiempos pre-revolucionarios, comparativamente pequeña. El hecho es achacado por Sorokin a que *«la política del Vaticano ha sido con frecuencia hostil a los intereses vitales del régimen soviético y, en ocasiones, enemistosa hacia la nación rusa»*.

A esta planificación de la situación, sale al paso naturalmente una objeción que toma forma en la pregunta: ¿No favorece aun el Gobierno Soviet, y hasta subsidia, la propaganda ateísta en Rusia?

Sorokin ha previsto esta pregunta y le ha opuesto una respuesta que, si no deja de ser un tanto logística, alberga en sí una mayor parte de predisposición a llevar adelante la hipótesis general previa, antes que a verificarla imparcialmente. Responde Sorokin: *«Pero, ¿acaso el derecho a la libertad religiosa no incluye también el derecho a ser ateo?»*.

Mas obvio es recalcar, aun dejando a un lado la falacia de la respuesta, que las disyuntivas de este invocado derecho no son llevadas a la práctica con la misma supuesta libertad.

Sorokin, a su vez, ha previsto esta nueva objeción. Su proposición, a partir de ello, es defendida un tanto evasivamente. Continúa diciendo que, en este asunto, *«no hay diferencia básica entre Rusia y Occidente. Es inconmensurablemente mayor el número de ateos en Rusia, pero ello depende de lo que entendamos por «ateísmo»: si éste significa incredulidad en los dogmas de algunas religiones instituidas, particularmente en la existencia de un Dios personal, antropomorfo, entonces algunas religiones, como el antiguo budismo y varias de misticismo religioso, tendrán que ser consideradas como ateas»*.

Siguiendo por esta digresión del propósito primero, su discurso llega a la afirmación de que no tenemos actualmente base para asegurar si el ruso, el norteamericano o el europeo es el más religioso.

Si el principio se encauzaba razonablemente, es evidente que, a lo largo de su ponencia, Sorokin bordea repetidamente extremos en que aquel primer propósito se desorbita. Aflora una y otra vez el advertido sentimiento que rebasa los cauces de la exposición mesurada e imparcialmente científica.

Con todo, bueno será que recuperemos en lo posible la medida que ayude a formarnos en una opinión ajustada a la realidad. Los datos estadísticos transcritos un poco antes no difieren apreciablemente de la verdad. Parece ser que no se lleva hoy a cabo, en Rusia, una propa-

ganda desmesuradamente antirreligiosa. Es cierto que la confiscación de las propiedades religiosas, la privación del derecho de ciudadanía a los curas o simples creyentes son actos hoy día anacrónicos en Rusia. Es exacto que los principales gastos de la Iglesia Ortodoxa y de su patriarcado son subvencionados por el Estado en gran parte.

Todos ellos son datos representativos de una evolución real en el seno del Soviet. Esta evolución ha trascendido a la vida social, interesando incluso a los estratos más característicos de ésta, como lo es el aspecto religioso. Mas el derivar conclusiones de ello, o buscar los verdaderos móviles de esta paulatina reversión de los procedimientos primarios del comunismo, es algo que cae más allá del terreno estrictamente sociológico, y no acometeremos por ahora más que el intento de esbozar una introducción al estudio de las estructuras soviéticas en general, como propusimos al principio de este ensayo.

9.—LA FAMILIA Y EL MATRIMONIO.

Hemos anticipado una perspectiva de la situación en este aspecto. Cuando dijimos que en la Rusia actual está prohibido y castigado el aborto, que las relaciones sexuales prematrimoniales y extramatrimoniales están severamente reprobadas y que la consecución del divorcio es extremadamente difícil hoy día en Rusia, ofrecimos el compendio de cuanto más interesante se pueda decir en torno a la situación de la sociedad familiar en la U. R. S. S.

Apuntamos, también con anterioridad, cómo estas prohibiciones, castigos y restricciones están supeditadas, dentro del Régimen Soviético, a factores económicos o, en general, positivistas en primer grado. No insistiremos innecesariamente sobre ello.

La reseña de este aspecto, claramente primordial en la panorámica estructural de un país cualquiera, queda proyectada en síntesis a través de las páginas precedentes, si bien hemos hecho esta evocación reiterativa aquí por dos razones: primera, porque constituye este capítulo un tema digno de ser estudiado y diferenciado con prioridad en inspecciones más detenidas; segunda, porque procuramos seguir cuanto es viable el curso de la disertación de Sorokin, al mismo tiempo que acomodamos nuestros pasos a las divisiones que él dispuso en su conferencia, como medio más seguro de no desvirtuar las palabras del excelente sociólogo si las aplicamos sincronizadamente a nuestro texto.

10.—SISTEMA ECONOMICO.

En la economía rusa funciona el régimen de libre empresa en relación con los artículos de consumo, incluyendo entre tales el capital acumulado, la propiedad de un departamento-vivienda, un automóvil, una casa, una pequeña extensión de terreno, etc. En Rusia, el propietario de tales bienes o de otros similares puede poseerlos, disponer de ellos y testarlos a sus herederos casi en la misma forma que en muchos países occidentales, como, por ejemplo, en los Estados Unidos de América. El sector de libre empresa ha ido expandiéndose en Rusia durante los últimos veinticinco años.

A raíz del decreto de 17 de Febrero de 1935 sobre la «Reglamentación General del arte», los derechos de las granjas colectivas y sus miembros se han fortalecido y asegurado progresivamente. *«Cada granja colectiva—dice Sorokin—administra sus propios asuntos autónomamente. Cada miembro posee su propia «propiedad privada», y es remunerado de acuerdo con el monto y eficiencia de su trabajo. Ningún miembro de una granja colectiva puede ser desposeído de su propiedad, salvo en caso de delito o flagrante violación al reglamento de la granja; y esto mediante el voto de, por lo menos, las dos terceras partes de los miembros integrantes de la granja colectiva».*

Hagámonos cargo de lo que el último párrafo representa. Enunciado así, encontraremos que el sistema económico soviético, en relación con la agricultura, parte de unas premisas que han derivado ostensiblemente hacia un carácter más democrático que totalitario. Sabemos que, anteriormente, los directores de granjas eran designados por el Gobierno. Hoy, según la afirmación literal de Sorokin, *«son elegidos democráticamente por la comunidad de la granja, por un lapso determinado».* Sabemos también que la comunidad no puede ser desposeída del terreno de la granja, el cual tampoco puede ser enajenado ni objeto de explotación por parte de interventores mercantiles.

Sorokin opina de todo ello que, *«comparando las condiciones de un arrendatario, mediero, labrador y hasta un terrateniente norteamericano, con su finca expuesta a ser hipotecada y rematada, los derechos de propiedad del labriego ruso son mayores y su posición más segura que los del estrato correspondiente del campesino norteamericano».*

Nosotros no argüiremos comparativamente. Pero, ateniéndonos solamente al estudio del sistema económico soviético, hemos de dejar constancia de una salvedad. La propiedad, privada o comunitaria, ofrece indudables garantías en la enunciación de Sorokin. Mas repa-

remos en que esta enunciación se ajusta a la teoría. De cómo ésta se transforme en la práctica no nos habla Sorokin. Hallamos, universalmente, que una cosa es legislar y otra, muy distinta, aplicar la legislación. Lo que apuntamos, acerca de la disquisición entre «delito político» y «delito político en la U. R. S. S.», trasciende con facilidad a la esencia de este capítulo. Sólo podremos aceptar la verídica adecuación de las frases «...*salvo en caso de delito y... salvo flagrante violación*» si hacemos abstracción de ambos conceptos.

Las acepciones de «delito» y «violación» se desvirtúan a todas luces al ser vertidas de la ideología soviética a la occidental y viceversa. A la aseveración de Sorokin no podemos dar sino una conformidad condicionada a la traducción de tales conceptos y de otros también primordiales. Y quizá ello implique una opinión diametralmente opuesta a la del preclaro sociólogo. Mas esto es materia que extralimitaría la intención y la extensión de estas páginas. Compete a nuestro propósito, escuetamente, seguir la opinión de Sorokin y, si comentamos su pensamiento, es tendiendo a proyectar un somero esbozo de posibles estudios posteriores.

Con todo, hemos de reflejar más bien la teoría que la práctica, pues de la primera es más completa y menos tergiversada la información.

Teniéndolo presente y advirtiéndolo así, completaremos sucintamente el comentario del aspecto económico.

En la Rusia Soviética no existe realmente la economía corporativa. Toda la industria nacionalizada está dividida en el Soviet en los grandes sectores del acero, petróleo, construcción y otras industrias. Cada sector es manejado por un cuerpo de funcionarios gubernamentales, cuyos Directores son nombrados por el Gobierno y son responsables ante él y ante la nación. Sin embargo, ninguno de los cuerpos de funcionarios es dueño de la corporación ni de los bienes de ésta. La corporación y sus bienes, como fruto de la nacionalización de la industria, son propiedad de la nación y administrados por el Gobierno a través de sus delegados.

El cuerpo de directores de los—aproximadamente—mil grandes funcionarios gubernamentales, determina los precios de los productos y los sueldos del personal. En los últimos años, el sistema económico ha entrado en Rusia en la fase de «*control de precios*», fijados arbitrariamente por acuerdo entre los poderosos directores de las grandes corporaciones.

La evolución industrial rusa ha sido evidentemente descompasada en relación con la agrícola. Los proyectos económicos se han quebrado

una y otra vez ante el mismo escollo: el sistema soviético no ha logrado una «*agricultura nacionalizada*» de igual modo que nacionalizó la industria. Acaso es ésta la base en que se apoya la ventaja que el agricultor y el granjero ruso ostentan en orden a unos derechos de propiedad definidos y más estables.

11.—RELACIONES SOCIALES.

Sorokin resume todas las formas que pueden adoptar las relaciones inter-humanas en tres clases principales. Son éstas: 1) la «*familista*» basada en el amor, devoción y sacrificio mutuos; 2) las relaciones «*contractuales libres*», por espontáneo acuerdo entre las partes, en su mutua conveniencia y provecho, exentas de amor, odio o coerción; y 3) «*relaciones forzadas*», impuestas por una de las partes a otra, contra los deseos e intereses de esta última.

«*De estas tres formas—dice Sorokin—la familista es moral y socialmente la más noble; la forzosa, la peor; la contractual, pues, ocupa la posición intermedia*».

En la evolución social soviética, hemos de distinguir, como etapas expresivas que se prestan a ser enunciadas, los primeros años de la revolución y la actualidad.

En contraste con otros aspectos, el régimen totalitario no se manifestó en este sentido tan coercitivamente en sus comienzos. El sector de las relaciones familistas es hoy muy numeroso en Rusia. Y, si bien al principio el carácter general de prescripciones, regulaciones y coacciones invadió el campo de las relaciones sociales, dando pie a un notable incremento de «relaciones forzadas», el Gobierno modificó bien pronto su política en este terreno.

Subsiste en el conjunto, un elevado índice de relaciones forzadas en la U. R. S. S. Mas el Soviet ha encontrado una fuerza ciega digna de cultivo y fomento: establecer poderes de motivaciones, estimulando los deseos y valores familísticos en la masa del pueblo.

En este hallazgo oportuno radica gran parte del apoyo que el pueblo presta al Gobierno hoy día, externamente a los móviles de ruda coerción y de reglamentación inhumana. Sorokin ha detectado esta técnica del Soviet, como da a entender cuando dice: «*El establecimiento y desenvolvimiento de relaciones «familistas» en la trama de relaciones sociales de Rusia ha sido el verdadero «poder oculto» de la política soviética de nacionalización y colectivización y del Régimen Soviético mismo*».

En nuestros días las relaciones sociales de Rusia tienden, realmente, a semejarse a las de Occidente. Si bien existen aun notables diferencias en los porcentajes, lo cierto es que progresa en núcleo de relaciones familistas y, en parte, de las contractuales libres, a costa de las forzadas.

Salvo la diferencia esencial de principios que promueven esta evolución social, está constatado el hecho de que en éste, como en otros aspectos, el régimen soviético ha sufrido una modificación evidente.

12.—SISTEMA POLITICO.

Es quizá éste el capítulo de más difícil observación. La evolución general que se ha venido manifestando en todos los apartados estructurales de la U. R. S. S. no parece haberse verificado de igual suerte en su sistema político. Ciertamente el sistema ha evolucionado, e incluso la razón Gobierno-pueblo y su inversa conocen hoy unos vínculos menos dictatoriales y tiránicos que los de hace cuarenta años. Mas ese carácter rígido, totalitario, despótico, no ha perdido su fuerza sino que, más bien, ha trasladado su posición o ha variado de sentido.

Las represiones sangrientas, los encarcelamientos de multitudes, la reclusión de millones de rusos en campos de concentración no persiste. El 70% de los campos de concentración ha sido desmantelado; la Constitución rusa—al menos legalmente—es eminentemente democrática; una gran parte de los reos políticos ha sido amnistiada y sólo el 2% de los primeros permanece en prisión; las ejecuciones masivas y otros castigos de esta índole parecen haber disminuido grandemente.

Mas el totalitarismo ha adquirido ahora un carácter que pudiéramos llamar endocomunista, limitándose, fortaleciéndose y manifestándose con su prístina vitalidad dentro del partido.

Mientras la decantada evolución se manifiesta en Rusia en una multitud de cambios jurídicos y de hecho, la rigidez y los métodos primarios conservan toda su tensión y vigencia en el seno del partido comunista. Muestra de ello son hechos como las tendencias separatistas de bastantes países satélites, las represiones improvisadas y brutales de estos separatismos, las discordancias ideológicas, los mutuos ataques y las coaliciones constantemente enemigas entre los miembros de alto rango del Politburó. Recientemente, noticias como la del envenamiento de Stalin o la del estrangulamiento de Beria, adornadas con el conocimiento de las ejecuciones de miles de personas sin más

leal veredicto que la condena pronunciada por los capifostes, afirman nuestra precedente advertencia de un caos ideológico-político.

La hipótesis sobre que *«del sistema político de Rusia haya venido, desde el despotismo ilimitado y totalitario, hasta un régimen progresivamente democrático y constructivamente responsable»* sólo cabe en boca de Sorokin y sólo él pudiera ser capaz de mostrarla con ciertos visos de verosimilitud. Pero son demasiados y constantemente renovados los hechos que se oponen a ella. Si es evidente y admitida una evolución progresiva en los aspectos técnicos, educativo, filosófico, artístico y demás en general, no parece tan evidente en el campo político en particular.

Atendamos a que un sistema político ha de transcender hoy día, necesariamente, allende las fronteras de la nación que lo profesa.

La política, por razón de una natural y también evidente evolución universal progresiva, ha de ser algo más que un sistema local, para convertirse en un lazo de concordia supranacional. Y, en este, punto el supuesto progreso político de la U. R. S. S. no demuestra responder a las premisas de Sorokin. Las relaciones del Soviet con el mundo libre dejan mucho que desear en cuanto a democracia y responsabilidad constructiva, precisamente.

Hemos conocido los avances de la técnica rusa, sus progresos en las Ciencias Naturales, Sociales y otras. Mas siempre en su aspecto predominantemente propagandístico y exentos de un espíritu previo de cooperación y hermanamiento de intereses humanos hacia un propósito beneficioso común.

Como dijimos al principio transcribiendo a Sorokin, los científicos de todos los países desempeñan con creciente éxito sus trabajos en pro de una ciencia y una tecnología mejores, *«especialmente si no se ven obstaculizados por la interferencia de sus propios gobiernos en labor tan importante»*. Queremos preguntarnos ahora si Sorokin no conocerá de dónde, en qué grado y con qué fines vienen tales *«interferencias»*, una vez que se citan y sabiendo que existen. Queremos preguntarnos sí, sabiendo Sorokin la contestación al *«de dónde, en qué grado y con qué fines»*, hizo esa apostilla por cortesía, generalizando, en honor a la *«ciencia pura»*, lo que podía haber particularizado en honor a la no menos cortejable *«pura verdad»*.

Pues, si es cierto que son innegables los progresos generales de las ciencias en la Rusia Soviética, no lo es menos que tales progresos y

su uso están supeditados, precisamente en la U. R. S. S., a la orientación que el sistema político del Soviet quiera darles.

De tales progresos y uso no conocemos bombas democráticas, invasiones idealistas ni desintegraciones de lacras sociales universales. Del mundo soviético al occidental no han llegado la penicilina, el pulmón de acero, el trasplante de córnea, un Padre Pire o un Einstein.

De la estructura social en la Rusia de hoy hemos dado una reseña general comprimida, como punto de partida para más amplios estudios de cada uno de los aspectos escogidos.

De la proyección y relación de estos aspectos sobre el panorama mundial, hemos apuntado las observaciones más ineludibles.

En ambos casos hemos seguido, escogido y comentado la opinión o la información de Sorokin, procurando no tanto criticarla cuanto extraer de ella lo más imparcialmente útil para ofrecer una idea general exacta sobre el tema.

Desarrollar cuanto conviene cada uno de los capítulos de este ensayo es trabajo que nos emplaza a todos constantemente, requiriendo todo interés y profundidad. Hemos de concurrir a esta cita cuanto antes nos sea posible.

JESUS M.^a VAZQUEZ, O. P.